

RATZINGER, Joseph: *Vivir como si Dios existiera. Una propuesta para Europa*, Encuentro, Madrid, 2023, 331 págs.

La muerte de Benedicto XVI, el 31 de diciembre de 2022, conmovió a todo hombre decente y cabal. Partió, previsiblemente, a la «patria celestial, hacia el bien pleno y eterno». Fue un siervo de Dios magnánimo, sabio, perspicaz y agudo. Desde el Monasterio *Mater Ecclesiae*, rezó y se preparó, junto con su fiel «escudero» Georg Gänswein, para afrontar los últimos años de su vida terrenal. Ha sido un ejemplo —a pesar de las sistemáticas difamaciones y calumnias— de buen cristiano. Un Vicario de Cristo comprometido con la Verdad y el Bien hasta las últimas consecuencias.

Ricardo Calleja realiza en esta obra una selección de textos y un estudio introductorio fantásticos. Los escoge con un exquisito cuidado y buscando un principal objetivo: denunciar la deriva secularista que ha emprendido Europa y proponer una alternativa a este desdén. Se tratan diferentes cuestiones como son el amor, la naturaleza humana, la libertad, el relativismo, la democracia, la globalización o la técnica.

La persona es, antes que nada, un *homo religiosus*. Busca, consciente o instintivamente, algo superior a él y que le precede. Todas las civilizaciones han sido religiosas. Para Benedicto XVI, el hombre «lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad, que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios» (pág. 74). Nuestra sociedad no escapa de ello; empero, ha sustituido a Dios por el *becerro de oro* y por las bioideologías. Estima que se ha emancipado del Creador cuando, en realidad, se ha vuelto presa de los instintos más pueriles, de la mercantilización y del Leviatán.

Uno de los grandes desafíos presentes es afrontar la crisis del amor. En este asunto «está en juego la visión del ser mismo, de lo que significa ser realmente hombres» (pág. 102). La banalización del divorcio, del poliamor o del sexo —que convierte al otro en «mercancía, en simple “objeto”» que

se puede usar y tirar— está generando devastadores daños en el alma humana. Ratzinger recuerda que «el amor no es solamente un sentimiento» frugal (pág. 98). Por el contrario, el hombre se perfecciona si se entrega verdaderamente a los demás y, en última instancia, a Dios.

En esta recopilación se trata recurrentemente de la Verdad y sus primordiales amenazas. El relativismo y la tiranía de la mayoría han hecho creer, en el imaginario colectivo, que la verdad es mutable y depende de lo que dictaminen las urnas o un parlamento. Benedicto XVI, *a contrario sensu*, cree que «en las cuestiones fundamentales del derecho, en las cuales está en juego la dignidad del hombre y de la humanidad, el principio de la mayoría no basta» (pág. 304). En el propio seno de la Iglesia, a juicio del pontífice, «a quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo» (pág. 115). Como corolario, «la Verdad es sustituida por la buena intención; la religión se mantiene en lo subjetivo, porque no se puede conocer la objetivamente bueno y verdadero» (pág. 179).

Solamente bajo el prisma de la Verdad es posible disfrutar de una verdadera libertad. Es inherente al hombre y no la otorga el Estado, frente a lo que predicán los contractualistas. Desgraciadamente, la actual concepción de libertad —entendida como la capacidad/voluntad de realizar lo que deseamos, independientemente del resultado— nos condena a la «tiranía de la sinrazón». En otros términos, «la libertad de destruirse a sí mismo o destruir a otro no es libertad, sino parodia demoniaca» (pág. 131).

Una falsa concepción de la libertad acarrea unas consecuencias nefastas. Cicerón ya advirtió, en *De re publica*, que la libertad en exceso, es decir, sin ningún freno que la ordene al Bien, «provoca la esclavitud de ese pueblo libre». Ratzinger, en el mismo sentido, escribe que «la libertad anárquica, considerada radicalmente, no redime, sino convierte al hombre en una criatura extraviada, un ser sin sentido» (pág. 128). El hombre debe evitar caer en la dictadura de lo coyuntural, de lo arbitrario y de lo manipulable.

Ahora bien, ¿qué régimen político defiende el Papa? Antes

que nada, es teólogo y un hombre de Dios. Por lo tanto, su principal lucha radica en la salvación de las almas y no tanto en las efímeras luchas políticas. Sin perjuicio de lo anterior, domina afinadamente el pensamiento político. Se encuentra, en tierra de nadie, entre el tradicionalismo y el modernismo. Abraza una sana defensa de la tradición, pero, al mismo tiempo, rechaza derribar todo lo generado por la Modernidad. Benedicto XVI piensa que es posible salvar el sistema liberal siempre y cuando se asiente sobre un poso cristiano. Toda esta visión puede generar una serie de interrogantes: ¿cuál es el «guardián» de este orden prepolítico religioso? ¿Cómo imponerlo en una sociedad atea y desarraigada como la actual? El Leviatán, la «soberanía» y su inexorable *auctoritas non veritas facit legem* ¿son compatibles con el derecho natural y una concepción limitada del poder?

Independientemente de estas disquisiciones, lo cierto es que Europa ha dado la espalda a Dios. La fe se ridiculiza sistemáticamente y se está relegando al estricto ámbito privado. Ratzinger, por el contrario, afirma que debemos «vivir como si Dios existiera». Esa es la única forma en la que Europa florecerá. No obstante, el Papa conoce que problemas como el multiculturalismo, las ideologías o la técnica van a mermar la religiosidad. En 1969 vislumbró cómo la crisis de la Iglesia apenas acababa de comenzar. Por ende, «no será nunca más la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo» (pág. 322). Esto no debe llevar al desánimo ni a la consternación. La Iglesia será más pequeña, pero más real y auténtica. Los que permanezcan dentro se convertirán en ejemplo de superación y de fe.

José Andrés CALDERÓN ROJAS